

La ubicuidad de la ambigüedad: una investigadora cristiana en busca de lo blanco y lo negro en un mundo sumamente gris¹

Shawna Vyhmeister

Resumen

Realizar estudios de posgrado en una universidad pública puede ser una experiencia perturbadora para un cristiano conservador. No pocos eruditos cristianos han abandonado sus creencias sólidas por el relativismo que penetra la mayor parte de la educación superior moderna. La autora describe su viaje académico dentro del mundo de la investigación y la erudición y muestra cómo ha logrado convivir con la incertidumbre y la ambigüedad en su búsqueda de la verdad.

Palabras clave: ambigüedad - cristiano - filosofía - educación

Summary

Advanced graduate study at a public university can be an unsettling experience to a conservative Christian. More than a few Christian scholars have surrendered their firmly held beliefs for the relativism pervasive in much of modern higher education. The author describes her academic journey into the world of research and scholarship and shows how she relates to uncertainty and ambiguity in her search for truth.

Key words: ambiguity - christian - philosophy - education

Résumé

Étudier après la terminaison des études, dans une université publique peut-être une expérience perturbatrice pour un chrétien conservateur. Plusieurs érudits chrétiens ont remplacé ses solides croyances par le relativisme qui pénètre la plupart de l'éducation supérieure moderne. L'auteur décrit son voyage académique pour le monde de l'investigation et l'érudition, et demontre la relation qu'il y a avec l'incertitude et la ambiguïté dans la recherche de la vérité.

¹Artículo publicado anteriormente en *Journal of Research on Christian Education*, vol. 5, N° 1 (Spring 1996): 89-96, con autorización de los editores, gestionada por la autora en 1999.

Mots clefs: ambigüité - chrétien - philosophie - éducation

Introducción

Como investigadora inexperta y alumna en un posgrado de educación de una universidad pública, he luchado por reconciliar mis creencias cristianas con la filosofía secular que me tocó estudiar. Al principio me parecían tan irreconciliables que pensé que tendría que decidirme por una o por otra. Creo que muchos cristianos que estudian en universidades seculares pierden su fe por cuestiones similares. La necesidad de desarrollar un sistema personal de entendimiento es apremiante, y cualquier cosa que no esté en armonía dentro de este sistema se descarta. Desafortunadamente, los estudiantes descubren con mucha frecuencia que su cristianismo no concuerda con lo que están aprendiendo, y es así que lo descartan. Esta es una área de la cual conocemos muy poco: ¿cómo podemos apoyar a los estudiantes cristianos en instituciones seculares? Esta área merece un estudio posterior más detallado, del cual este artículo pretende ser sólo la introducción.

Cómo enfrentar la ambigüedad

La ambigüedad se define como significado confuso por la duplicidad del idioma o la lógica dudosa. Esta definición sugiere que toda ambigüedad puede eliminarse si somos lógicos en nuestro pensamiento y claros en nuestro manejo del idioma. Quisiera proponer que existe un cierto grado de ambigüedad que no se puede solucionar con el idioma y la lógica más claros del mundo. A menudo descubrimos que hay fuerzas opuestas mutuamente incompatibles que nos tiran hacia sí en diferentes direcciones, y somos forzados a elegir de entre las cosas que creemos, o al menos clarificar en qué cosas creemos con más firmeza.

Mi vida está llena de esa clase de ambigüedades. Muchos de los problemas que enfrento no son cuestión de saber si algo es bueno o malo, y la "respuesta correcta" no surgirá por más que obtengamos más información. Algunos problemas simplemente poseen conflictos inamovibles que parecen imposibles de resolver. En mi vida personal, por ejemplo, soy madre y educadora de profesión. Estos dos roles están en conflicto con frecuencia. Soy estudiante y profesora. Soy una persona

idealista, sin embargo vivo en un mundo muy realista. Creo que los padres pueden ser los mejores educadores de sus hijos, sin embargo otras personas instruyen y cuidan a mis propios hijos para que yo pueda recibir educación. Soy cristiana, sin embargo creo firmemente en las clases progresivas de educación que tienen su origen en la filosofía humanista y secular. Éste, quizá, sea el conflicto más difícil que enfrente. Al realizar trabajos de posgrado en una universidad secular, he sido bombardeada con ideas tan extrañas a mi educación cristiana y conservadora, que he tenido que reevaluar seriamente mis propias creencias y mis valores por tanto tiempo sustentados. Por esta afluencia masiva de filosofía secular, como así también por el laberinto de realidades incongruentes con las que vivo, estoy intentando esculpir mi propio nicho filosófico para almacenar mis teorías personales de educación. En este juego, cada uno debe inventar su propia versión de las reglas.

En ocasiones me siento abrumada por la ambigüedad con la que vivo, otras veces veo que es una ventaja—una especie de caldo primigenio del cual puede emanar un pensamiento nuevo y rico y un entendimiento más profundo de mí misma y del mundo donde vivo. La lucha por la congruencia filosófica ha sido difícil para mí, porque hasta hace poco pensaba que mis creencias tenían que mantenerse juntas, y a la vez tener perfecto sentido. Tenía temor de mezclar el cristianismo con el humanismo secular, miedo de proponer algo que tuviera las debilidades de ambos y la aprobación de ninguno.

Como cristiana, percibo agudamente los conflictos de la filosofía educativa. La educación cristiana a menudo ha tenido mala prensa por ser mediocre y además dogmática, temerosa de permitir que los estudiantes piensen por sí mismos. Sin embargo, yo creo firmemente que como cristianos no tenemos excusa para la mediocridad, ni razón para temerle a la libertad de pensamiento, siempre y cuando ese pensamiento esté bien informado. La excelencia es un propósito que debiera ser nuestro objetivo en todo sentido. Si nuestros cuerpos son el templo de Dios,² ¿no debiéramos

²1ª Corintios 6:19, 20.

cuidar esos templos de la mejor forma posible? Nuestra mente es el instrumento que usamos para amar a Dios, servirle, y escuchar sus requerimientos. ¿No debíamos desarrollar al máximo ese don que nos ha dado?³ ¿Existe alguna preocupación en el sentido de que al desarrollar nuestras mentes lleguemos a la conclusión de que Dios no existe? ¿Está la posibilidad de que lleguemos a ser demasiado sabios como para querer perder el tiempo en el juego de la religión?

Otra razón por la cual como cristianos no tenemos excusa para la mediocridad es que estamos en este mundo para buscar y salvar a los “perdidos.” Muchos de los “perdidos” oirán con mayor atención a alguien que tiene una educación y parece saber lo que está diciendo. Debíamos cuestionarnos todo lo que leemos, incluyendo la Biblia, para obtener un entendimiento más profundo y pleno de lo que está ocurriendo. Necesitamos contar con la capacidad de poner en práctica el cristianismo en toda nuestra vida—y no sólo en ciertas partes de ésta. Nos arriesgamos a dividirnos en compartimentos estancos si reservamos ciertas filosofías para determinadas áreas de nuestra vida. Necesitamos contar con la habilidad de discernir ideas que tengan valor y de usar lo que la tecnología moderna pueda ofrecernos, todo sin perder nuestra fe. ¿Cómo podemos entender estas cosas si no desarrollamos nuestras mentes y no nos entrenamos para ser pensadores críticos?

El mundo nos ofrece el mayor dilema humano: ¿Son los seres humanos básicamente buenos o malos? Los filósofos han intentado responder esta pregunta a lo largo de los siglos, pero sólo como cristianos tenemos la respuesta definitiva: Somos buenos y malos al mismo tiempo. Fuimos hechos, como dice la Escritura, a la imagen de Dios.⁴ Y aunque los seres humanos se hayan vuelto pecadores y malos en muchos sentidos, ¡todavía tienen huellas del carácter de Dios! Después de todos estos años, el hombre todavía es bueno en muchos sentidos. Si bien los humanistas centran la importancia en el yo, ¿no valora Dios al individuo? Al saber

³cf. 1 Pedro 1:13; Proverbios 23:23.

⁴ Génesis 1:27.

que Cristo hubiera muerto por un solo pecador, ¿no nos da eso un valor bastante considerable a cada uno? Sin embargo, mucha de la filosofía humanista secular va en contra de las creencias cristianas. La verdad es que no necesitamos temer el luchar con las filosofías modernas si estamos bien cimentados en lo que creemos. Podemos tomar esas teorías mientras estén en armonía con nuestras creencias y usarlas para mejorar nuestras propias vidas y las de los alumnos.

Cómo funcionar con la ambigüedad

Hace un tiempo leí dos pensamientos en cuanto a la ambigüedad que me impresionaron mucho. El primero, de Scott Fitzgerald, sugiere que la ambigüedad filosófica quizá sea una parte inevitable en la vida de una persona instruida y que en realidad la pregunta es cómo el individuo decide responder a esto. “La prueba de una inteligencia de primera clase,” escribe, “es la capacidad de dar cabida a dos ideas opuestas en la mente al mismo tiempo y aun así retener la capacidad de funcionar.”⁵ No es la lucha con las ideas lo que es tan inusual o heroico, donde cada pregunta puede tener diez respuestas correctas, y donde muchas de las preguntas no tienen ninguna respuesta correcta. Es la habilidad de formular un argumento convincente para dos posibilidades opuestas y con todo escoger algo práctico y realmente llevarlo a cabo. O quizá es la capacidad de espigar lo que es bueno de John Dewey o Paulo Freire y usarlo para la gloria de Dios. Cualquiera sea el caso, esto no es enredarse en la ambigüedad, sino ir más allá de esto y hacer algo útil.

Un concepto relacionado, que quizá sirve de base a la idea de Scott Fitzgerald, es el de Klaus Riegel,⁶ quien propuso agregar una etapa adicional a las etapas del desarrollo cognitivo de Piaget. Esta idea propuesta seguiría la etapa final de las operaciones formales de Piaget y se caracterizaría por los conflictos, la ambigüedad y la tensión que los adultos encuentran a medida que luchan con las ideas. Riegel llamó “operaciones dialécticas” a esta etapa. Madeleine Grumet aclara que en este nivel, “el individuo no necesariamente resuelve los conflictos; más bien está dispuesto a vivir con

⁵ C. Hampden-Turner, *Radical man* (New York: Doubleday, 1971), 39.

⁶ Klaus Riegel, *Intelligence: Alternative views of a paradigm* (New York: S. Karger, 1973).

las contradicciones, aceptándolas como un aspecto básico del pensamiento.⁷ No hay forma de quitar las arrugas de la ambigüedad de nuestras vidas. Incluso, si de alguna manera pudiéramos dominar todos los hechos, la ambigüedad aún seguiría existiendo. Si pensamos introspectivamente en forma profunda y bebemos abundantemente del pensamiento de otros investigadores, el conflicto sin solución es inevitable y aceptable. Este conflicto no es el resultado de una falta de filosofía personal básica, sino de filosofías en conflicto, a un nivel más elevado, y no interfiere con nuestra fe o nuestra capacidad de continuar hacia adelante.

Los cristianos a menudo han desempeñado el papel de conservadores en educación, tratando de preservar la idea de que Dios tiene todas las respuestas y que como cristianos tenemos la verdad absoluta. Esto se desvanece frente al pensamiento filosófico moderno, el cual pareciera concluir que no hay respuestas reales, excepto cuando cada uno mira hacia su interior y ve lo que es significativo para sí mismo. Dios puede tener todas las respuestas: nosotros, como cristianos, no. Lo cierto es que Dios es la Verdad. Pero el problema es que nadie lo conoce a Él en forma perfecta, por lo cual nadie tiene la verdad absoluta. Todas las principales filosofías del mundo contienen una mezcla de verdad y error. Tenemos que estar dispuestos y ser capaces de vivir con contradicciones e incongruencias, hallando la verdad en los lugares que nos incentivarán a crecer como individuos, como investigadores y como cristianos.

Como cristianos heredamos una ideología básica común. Esto podría brindarnos una ventaja sobre el resto del mundo, la de seleccionar y escoger lo que es bueno, de entre las teorías y filosofías existentes. En su libro *El color de los desconocidos, el color de los amigos*, Alan Peshkin⁸ relata

⁷ M. Grumet, *Existential and phenomenological foundations of autobiographical methods*, in W. Pinar & W. Reynolds (Eds.), *Understanding curriculum as phenomenological and deconstructed text* (New York: Teachers College Press, 1992), 31.

⁸ A. Peshkin, *The color of strangers, the color of friends: The play of ethnicity in school and community* (Chicago: University of Chicago Press, 1986).

algunas historias de un colegio secundario con integración racial donde llevó a cabo una investigación. En determinado momento, compara este colegio secundario público con un colegio cristiano que él había observado anteriormente. Se encarga de dejar bien en claro que él no es cristiano, y, por lo tanto, no siente gran simpatía o una proximidad filosófica por lo que observó en la institución cristiana. Un punto que se destaca en su comparación está relacionado con este asunto de la ideología básica. Peshkin escribe:

Cuando el director del colegio cristiano fundamentalista que analicé expresó sus puntos de vista, no me cupo ninguna duda de que sus profesores no sólo los conocían, sino que además ellos básicamente tenían los mismos puntos de vista y los aceptaban como pautas para la enseñanza. Ya sea para bien o para mal, los colegios cristianos tienen una misión que es clara, que todos conocen, controlante. Ya sea para bien o para mal, los colegios estatales generalmente no tienen esa misión.⁹

Para mí, ésta es una ventaja definida. Me atrevería a decir que tenemos una responsabilidad, como profesores cristianos, de ser líderes: ser de mente amplia e innovadores en nuestras clases; enseñar a nuestros jóvenes cristianos a pensar en forma crítica, a tomar decisiones difíciles, a enfrentar al mundo en su propio campo de juego. Pero para lograr esto debemos saber cuál es nuestra filosofía y cómo se relaciona con nuestra vida. Dada la ventaja que tenemos como cristianos, de poseer una misión clara y una filosofía básica de vida, debiera ser más fácil para nosotros escoger lo bueno y formar a estudiantes informados y criteriosos que conozcan lo que creen y por qué lo creen. Tarde o temprano, los estudiantes cristianos tendrán que responder preguntas acerca de filosofía, humanismo y cristianismo. ¡Cuánto mejor sería que ellos hayan tenido la oportunidad de practicar las respuestas en un ambiente seguro! Esto exige mucho del docente. En primer lugar, la idea de proveer un ambiente seguro implica que los docentes no tendrían por qué sentirse amenazados por enfoques contrarios a sus propios sistemas de valores. Estos docentes tendrían que permitir que los alumnos sometan sus ideas a prueba, lo que implica la oportunidad de equivocarse y de aprender de los errores.

⁹ Ibid., 113.

Aprender de la ambigüedad

Si bien algunas de las lecciones que deben aprenderse presentan una segunda lectura y son de transición directa, no todo lo que pasa en el aula tiene que ser de ese modo. Dios nos dio pautas básicas y Él tiene ideas bastante claras acerca de lo correcto e incorrecto y, en algunos casos, de recompensa y castigo. Pero más allá de eso, muchas situaciones en nuestras vidas están abiertas a la interpretación. ¿Cómo se espera que los jóvenes aprendan a interpretar los principios bíblicos para su vida diaria si no se les permite practicarlos, realizar preguntas y experimentar? Si los docentes han procesado verdaderamente lo que es importante para ellos y sus alumnos, ¿no serán las lecciones que se desprendan naturalmente relevantes e interesantes? Si los docentes han aprendido a vivir concienzudamente, pensando en sus acciones y en los resultados de las mismas, no se sentirán sus alumnos animados a hacer lo mismo? ¿Existe algún seminario o método de enseñanza que, en el proceso educativo, pueda ser un sustituto para la participación individual y el compromiso personal de parte tanto de docentes como de alumnos? De alguna forma debemos llegar más allá del problema tan bien presentado por Alan Peshkin. Dice él que “a los docentes, una vez que concluyen su preparación formal, aunque tal vez ni siquiera entonces, no se los obliga a poner en práctica los fines generales para los cuales su enseñanza representa el medio. De esta manera, ellos tienen muy poca oportunidad de llegar a ser experimentados en decir cuál es el propósito de su enseñanza.”¹⁰

Ésta debería ser la meta: conocer los resultados finales que estamos tratando de alcanzar. Si los docentes saben hacia dónde se dirigen y por qué, será mucho más fácil decidir qué camino tomar. Por otro lado, si los docentes no tienen idea de cuáles son sus propósitos generales al enseñar, no habrá coherencia e incluso las pequeñas decisiones resultarán difíciles y caóticas. El problema surge cuando no pensamos. Si todo nos hubiera sido entregado por Dios en blanco y negro, supongo que ni siquiera sería necesario pensar. Pero, como son las cosas, no resulta tan fácil. Dios nos creó con el poder de elección. Él nos creó para que pensemos, razonemos y escojamos amarlo. Nos dio pautas, no instrucciones paso por paso.

¹⁰ Ibid., 113.

Necesitamos ser participantes, y no tan sólo recipientes pasivos de sus dones. Dios nos hizo para que seamos activos y para que le respondamos. Para los docentes, esto significa que necesitamos tener en claro nuestra filosofía para que podamos elegir lo mejor de todo lo bueno que tienen para ofrecer los grandes pensadores de este mundo. Necesitamos en verdad ser pensadores, no meros reflectores de los pensamientos de otros. Si somos pensadores, debemos estar seguros de que permitiremos que nuestros alumnos tengan la misma clase de elecciones que Dios nos ha dado: la habilidad de razonar y de elegir libremente, la opción de equivocarnos y la seguridad de que son aceptados no importa lo que hagan. Después de todo, ¿no es ésa la esencia de la verdadera educación? Theodore Sizer dice con acierto:

Denme como alumno un docente que me inspire a aprender por mí mismo, y todas las minucias de la vida estudiantil—las denominaciones de las asignaturas, los reglamentos, las regularidades, los rituales—dejarán de tener demasiada importancia. Y denme, como docente, alumnos sedientos, y aunque les enseñe en un galpón en ruinas, aprenderán.¹¹

No hay nada ambiguo en eso, ¿no es así? Si podemos ocupar las mentes en pensamientos y aprendizaje reales, no importa cuál sea el método, las cosas pequeñas parecerán sin importancia.

Conclusión

Esta es entonces mi posición. La ambigüedad abunda. No existen muchas cosas obvias en este mundo. Las contradicciones son una característica básica del pensamiento. No está mal no saber las respuestas; a veces las mismas no existen. Pero no tener respuestas no es una excusa para no hacer nada. Es aquí donde Fitzgerald se vuelve relevante. El tener opiniones opuestas no nos excusa de hacer algo. Los que poseen “inteligencia de primer grado” son capaces de funcionar aunque todas las piezas de su filosofía personal no calcen en forma perfecta. Los que poseen “inteligencia de primer grado” probablemente sepan que las piezas nunca

¹¹ T. Sizer, *Horace's compromise: The dilemma of the American high school* (Boston: Houghton Mifflin. For the National Association of Secondary School Principals & the National Association of Independent Schools, 1991), 220.

van a calzar, pero eso no constituye una excusa para no pensar en eso y para no luchar a fin de resolver esos asuntos en sus mentes. La Biblia nos pide que busquemos el conocimiento y la inteligencia “como a la plata,” y que la busquemos “como a un tesoro escondido” (Proverbios 2:4). Un estudio superficial de los asuntos implicados no resultará satisfactorio ni iluminará a nadie. Los docentes cristianos necesitan estar bien informados para saber qué es lo que creen y por qué; y cómo y en dónde se diferencian de las creencias seculares. Los alumnos cristianos necesitan saber también esto, porque si no tiene sentido para ellos, esas creencias serán eventualmente abandonadas a favor de una teoría más comprensible.

Esto nos deja con lo obvio. Vivimos en un mundo muy gris. Muy poco es blanco o negro. Los estudiantes aprenden algo cada día en el colegio y no esperan hasta que los docentes puedan unificar todos sus pensamientos filosóficos. Los docentes necesitan ver el cuadro completo, para tener una filosofía guiadora que los ayude a elegir las mejores alternativas para las decisiones educacionales que deben realizar. El cristianismo nos da una base para esa filosofía, pero no nos da una filosofía personal. Lo que está resultando cada vez más obvio para mí, mientras intento desarrollar mi filosofía personal, es lo siguiente: para ser educadores cristianos eficaces, debemos llegar a ser pensadores eficaces, y no importa lo que cueste procesar la ambigüedad en nuestras vidas, debemos dar a nuestros alumnos la misma oportunidad.

Shawna Vyhmeister
Facultad de Humanidades, Educación y Ciencias Sociales
Universidad Adventista del Plata
Dirección: Ramos Mejía 230
3103 Libertador San Martín, Entre Ríos
E-mail: vyhmeish@uapsoft.com.ar